

Azulejos
Niños

FRANCO VACCARINI

La mecedora del fantasma

Y otros misterios sin resolver



e

Desde 1869

Estrada
apoyando la educación

Esta obra fue realizada por el equipo de Editorial Estrada S. A. bajo la **coordinación general** de Pedro Saccaggio.

Director de colección: Alejandro Palermo.

Edición y actividades: Alejandro Palermo.

Corrección: Mariano Sanz.

Realización gráfica: Olga Lagleyze.

Documentación gráfica: María Alejandra Rossi.

Jefe del Departamento de Diseño: Rodrigo R. Carreras.

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez.

Vaccarini, Franco

La mecedora del fantasma : y otros misterios sin resolver / Franco

Vaccarini. - 1a ed. - Boulogne : Estrada, 2017.

Libro digital, PDF - (Azulejos niños ; 32)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-01-2156-9

1. Material Auxiliar para la Enseñanza . I. Título.

CDD 371.33



Colección Azulejos - Niños

32

© Editorial Estrada S. A., 2007.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-2156-9

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Índice

Preguntas y respuestas	4
Misterios sin resolver	5
El autor	6
La mecedora del fantasma	7
La tumba del monstruo	15
La agenda de los muertos	25
El museo de títeres	33
Que nadie me despierte	39
La bruja que todavía no comió	45
El puente de la mujer sin cabeza	53
Una sombra como yo	61
Actividades	
Para comprender la lectura	72
Para escribir	74
Para integrar	76

Preguntas y respuestas

Los misterios son asuntos muy difíciles de explicar. Por eso desafían la imaginación de la humanidad desde el comienzo de los tiempos.

Muchos de los conocimientos científicos con que contamos actualmente fueron tomando forma, a lo largo de los siglos, como respuestas a las innumerables preguntas que las personas se plantean al observar la naturaleza... por ejemplo: ¿por qué la Luna gira en torno de la Tierra? ¿quién lanza los rayos que caen durante una tormenta? ¿qué clase de "magia" provoca que los objetos de hierro sean atraídos por un imán? ¿por qué nos enfermamos?

En la literatura y en el cine, las historias de misterio ponen a funcionar nuestra imaginación con un acertijo que no se resuelve hasta el final del relato. En muchas de esas historias, acompañamos al detective a lo largo de sus investigaciones, hasta que logra hacer encajar las piezas del rompecabezas y el enigma queda resuelto.

Misterios sin resolver

Pero hay otro tipo de misterios: aquellos que aún no han sido resueltos. Esos que, justamente porque no podemos comprenderlos, a veces nos provocan miedo.

Brujas, monstruos, muñecos que actúan como personas, fantasmas... Seguro que todos estos seres viven nada más que en la fantasía. Pero, a veces, sucede algo que nos hace vacilar: ¿la puerta se habrá cerrado con el viento, o la movió alguna mano invisible? ¿esas sombras que se agitan serán las ramas de los árboles, o algún enviado de otro mundo, que anda entre ellas?

Los cuentos que van a leer hablan sobre este tipo de misterios. Son cuentos de miedo y, por eso, nos dejan siempre con una inquietud y una sospecha. Pero, a pesar de que pueden asustarnos un poco, estas historias también nos tranquilizan y nos divierten, porque sabemos que les pasaron a otros... y porque nos ayudan a imaginar que nosotros también seremos capaces de enfrentar algún misterio inexplicable, si algún día se presenta la oportunidad.

El autor



Franco Vaccarini nació en Lincoln, en 1963, y luego se mudó a Chacabuco, ambas ciudades bonaerenses. Desde los veinte años, vive en Buenos Aires, donde asistió a diversos talleres literarios y estudió periodismo.

Actualmente es subdirector de la revista *Mil mamuts*, dedicada al cuento latinoamericano.

Publicó el libro de cuentos breves *No temas cuando la visita te salude* (1990) y dos volúmenes de poesía: *El culto de los puentes* (1998) y *La cura* (1998).

Entre sus obras dedicadas al público juvenil, se destacan *Ganas de tener miedo* (cuento, 2001), *El hombre que barría la estación* (cuento, 2003), *Los ojos de la iguana* (novela, 2004), *Eneas, el último troyano* (novela basada en la Eneida, de Virgilio, 2006) y *Odisea* (versión novelada del poema homérico, 2006).

También publicó los relatos míticos “La leyenda del rey Arturo” y “El oro de los Nibelungos”, incluidos en el volumen *Héroes medievales* (2005), y “El maestro del terror” (cuento, 2005), para la antología *Patagonia, tres viajes al misterio*.

LA MECEDORA DEL FANTASMA



A muchas personas les encanta recuperar las cosas que otros desechan. Suelen ser coleccionistas por vocación, o simples artesanos que reciclan muebles porque aman los objetos ennoblecidos por el paso del tiempo.

Pero hay quienes dicen que, además de las marcas del tiempo, los muebles antiguos guardan las huellas de sus anteriores dueños. Ese es el origen de muchas historias de fantasmas. ¿Qué sucede con aquellos seres que, después de morir, siguen reclamando algo que les perteneció en este mundo?

En la casa de Julio nadie se preocupaba por estas cuestiones... hasta que ocurrió algo inesperado.

LA MECEDORA DEL FANTASMA

Era la tarde de un día feriado, y las calles estaban vacías. Mi padre regresó con el diario bajo el brazo, muy entusiasmado.

—Julio —me dijo—, ¡hay algo grande allí afuera! ¡Ayúdame a traerlo!

—¿Qué cosa es? —le pregunté, acostumbrado a su manía de recoger los muebles antiguos que la gente desechaba.

Pero él ya estaba corriendo nuevamente hacia la calle. Lo seguí.

En la esquina, donde los vecinos dejaban todo tipo de bártulos¹ para que se los llevara el basurero, había una vieja mecedora de mimbre. Mi padre se sentó sobre ella y comenzó a hamacarse, feliz de la vida.

—Está sucia, ¡pero es hermosa! —exclamó—. ¿Quieres probarla, Julio?

¹ Utensilios y muebles que se usan en una casa.

Temeroso de hacer el ridículo ante mi amiga Carla, que vivía enfrente, me apuré a ayudarlo. ¡Había que ver el gesto triunfante de papá entrando a casa con ese trasto²!

Para decir la verdad, papá no estaba tan equivocado. Después de una meticulosa³ limpieza, el mimbre había recuperado su color cobrizo y la mecedora se veía casi perfecta.

—¿No está demasiado nueva como para que la hayan tirado? La gente no aprecia lo que tiene — comentó papá.

De inmediato, la mecedora ocupó un lugar en la sala. Papá se dispuso a inaugurarla, diario en mano. A pesar de las quejas de mamá, que consideraba que la casa ya tenía demasiados muebles, la mecedora había llegado para quedarse...

• • •

Esa noche, mientras yo dormía profundamente, un ruido inconfundible me despertó: los cruji- dos — ¿o debería decir quejidos? — del mimbre.

² Mueble viejo y estropeado.

³ Muy cuidadosa.

Salí de mi cuarto para ver qué pasaba.

En la sala, apenas visible en medio de la oscuridad, un hombre se hamacaba con evidente impaciencia en la mecedora. Imaginé la situación: papá y mamá habrían discutido como otras veces y él había decidido pasar la noche en su



nuevo juguete, rumiando⁴ sobre el asunto. Me acerqué para protestar por mi sueño perdido, pero algo me dejó paralizado: papá también estaba entrando en la sala. Lo oí exclamar, dirigiéndose a la sombra que ocupaba la mecedora:

— ¿Quién es usted? ¿Qué hace en nuestra casa?

— Yo hago las preguntas — respondió el desconocido, con una voz débil y amortiguada⁵, como si tuviera un silenciador o un trapo en la boca.

Entonces vi su cara: pálida y... terriblemente desmejorada. ¡Era un fantasma, no había dudas!

— ¡Es mía, señor! — dijo el fantasma, un poco más fuerte—. ¡Esta mecedora es mía! ¡Abra la puerta!

Los cuadros de la pared empezaron a estremecerse.

— Abra la puerta — repitió —, o... ¡su hijo sufrirá las consecuencias!

En ese momento, un pesado cortaplumas se elevó desde el escritorio y pasó volando a toda velocidad, muy cerca de mi cabeza. Papá, obediente, fue a buscar las llaves, mientras rogaba:

⁴ Reflexionando con detenimiento.

⁵ Apagada.

— ¡Mi hijo no, por favor! ¡Enseguida le abro!
Del susto, el llavero se le cayó al piso. Lo levantó.

Abrió la puerta, mudo.

En cuestión de segundos, el extraño y la mecedora se habían ido de la casa. Papá, acongojado, me pidió disculpas:

— Mirá qué situación más fea te hice vivir, Julito, perdoname.

Le dije que sí, que lo perdonaba. Total, mamá se iba a ocupar de que se hiciera justicia: ya estaba con nosotros, medio dormida, envuelta en su bata y pidiendo explicaciones por el barullo.

Y así fue. Puesta al tanto de lo sucedido, mamá se puso más enojada que el fantasma. Y papá no tuvo más remedio que seguir pidiendo perdón hasta el amanecer.

• • •

Hay que decir que, desde entonces, papá perdió todo interés por los muebles antiguos... al menos hasta este preciso momento, en que entra de la calle y me pregunta:

— Julio, ¿estás muy ocupado?

– Estoy escribiendo, papá.

– ¿No podés seguir más tarde? ¡Necesito que me ayudes! ¿A que no sabés qué hay en la esquina?

LA TUMBA DEL MONSTRUO



La leyenda del Yeti (también conocido como el “Abominable Hombre de las Nieves”) es muy antigua. Este misterioso ser, considerado el eslabón que une al hombre y al mono, suele ser descrito como un gigante de dos metros: peludo, fuerte, huidizo, acaso tímido. Son muy pocos los que afirman haberlo visto.

Se dice que el Yeti habita en las laderas del Himalaya¹, donde las temperaturas son muy bajas. Cada tanto, una huella gigantesca estampada en la nieve, una foto borrosa o un testimonio estremecedor vuelven a recordarnos que el abominable hombre de las nieves existe. Y que, en definitiva, es un pariente cercano de nosotros... ¡Demasiado cercano, tal vez!

¹ Gran cordillera ubicada al sudeste de Asia. Es la más elevada de la Tierra.

LA TUMBA DEL MONSTRUO

Todo comenzó por culpa de Herminia, mi hermanita menor. Cuándo no. Su última hazaña fue manchar con mermelada la bolsa de dormir que uso en los campamentos escolares. Lo grave es que yo estaba a minutos de irme al *camping* municipal con mis compañeros de colegio. Para limpiarla, y que nadie notara el accidente, mi hermanita no tuvo mejor idea que pasarle un trapo con lavandina pura. Conclusión: reto de mamá para Herminia, llanto, explicaciones y pelea familiar. Y mi bolsa de dormir... decolorada y con un olor apestoso.

Me negué a llevar al campamento una bolsa manchada, que olía a pis de gato (porque ese es el olor de la lavandina).

Entonces tuve una idea genial. O, mejor dicho: en ese momento me pareció genial; porque la desesperación, ahora lo sé, es mala consejera.

Fui hasta lo de mi abuela, que vive a la vuelta de casa, a pedirle su propia bolsa: una especie de reliquia familiar, que ella guardaba en el sótano, sin permitir que nadie la usara. Enseguida me recordó el porqué:

— De ningún modo, Adolfo. Esa bolsa está maldita. O encantada. El último que la usó fue tu tío Pablo, y mirá cómo quedó el pobre.

El tío Pablo cargaba con la fama de tener alguna tuerca floja en la cabeza, pero ¡echarle la culpa de ese problema a una bolsa de dormir ya me parecía el colmo!

— Está hecha con el cuero de un extraño animal que habita en la nieve de las altas montañas: el Yeti — me explicó la abuela —. La trajo tu difunto abuelo, luego de una expedición al Himalaya. Según la leyenda, si alguien duerme dentro de esa bolsa, el Yeti usa su energía para volver a la vida.

Dicho esto, la abuela me informó que el Yeti era una bestia muy mona para ser un hombre, pero muy humana para ser un mono. Era una especie tal vez extinguida: un gigante peludo de dos metros de altura, de patas cortas y brazos largos, más fuerte que tres gorilas juntos. Vivía

oculto en cavernas y en bosques de enebros² cenicientos, amparado por la oscuridad, como una sombra prehistórica. Su aspecto siniestro lo había hecho merecedor del simpático mote³ de *abominable*⁴. “El Abominable Hombre de las Nieves” ... así lo llamaban en las faldas del Himalaya, allá en el lejano Tíbet.

—Pero, abuela, vos misma lo dijiste: es una leyenda. Quiero ver esa bolsa, por favor.

La abuela accedió a bajar conmigo al sótano, húmedo y repleto de telarañas. Sobre una mesa de madera, doblada con prolijidad, estaba la famosa bolsa, protegida del polvo por un plástico que la abuela retiró, mientras decía:

—Para que sepas, tu abuelo visitó un monasterio de Bután⁵, donde hay una momia del Yeti.

Mi abuelo se había pasado la vida escalando montañas, y sus historias eran el orgullo de la familia.

² Arbustos de tres o cuatro metros de altura.

³ Sobrenombre.

⁴ Desagradable, maldito.

⁵ Estado monárquico de la zona del Himalaya, ubicado entre la India y el Tíbet.

—Abuela, por favor, la necesito. ¡El campamento empieza ya!

—Prefiero que te pierdas un campamento a que pierdas la cabeza —sentenció ella, terminante.

Y se cruzó de brazos.

Pero la abuela no corre tan rápido como yo. Así que tomé la bolsa de la mesa y me escapé a la calle, mientras le prometía:

—¡En dos días te la devuelvo!

Ella gritó, desconcertada por mi audacia:

—¡Te vas a arrepentir! ¡No digas que no te avisé!

• • •

En el campamento, me pasé el día jugando al fútbol, cortando leña y preparando la carpa. Después de la cena, rendido, me acosté en la bolsa, sin pensar en nada, salvo en que era muy comfortable ese cuero de Yeti. En realidad, a mí no me importaba en absoluto de quién era ese pellejo. Solo quería dormir.

Unas horas después (¿o habría pasado nada más que un ratito?), me despertó un ruido de hojas aplastadas...



Silencio.

Ruidos.

Silencio.

Y otra vez los pasos.

Ese sonido solamente podía significar una cosa: un animal muy pesado rondaba la carpa. Quise escapar, pero no pude. La bolsa ejercía una extraña presión sobre mi cuerpo... ¿Estaría soñando?

Entonces oí el grito. Y luego el campamento se convirtió en un caos de linternas encendidas, corridas y más gritos. ¡Y yo que no podía moverme!

De pronto, algo tiró de la carpa y la hizo volar por los aires: quedé de cara a las estrellas. Mudo de espanto, percibí una sombra bestial que gruñía salvajemente. Sentí su aliento nauseabundo cuando saltó hacia mí y se fundió con la bolsa, como un fantasma que regresa a su tumba.

Yo estaba durmiendo en una tumba: ¡la tumba del Yeti!

Entonces, la presión desapareció. En cuanto pude moverme, me puse de pie con la velocidad de un gato. Ahí estaba yo, débil y tembloroso, rodeado por mis compañeros y los profesores.

La mayoría de ellos no había visto más que una sombra. Pero sobre el suelo habían quedado rastros de pisadas enormes, que alumbramos con las linternas en un estado de conmoción general.

Uno de los profesores ordenó hacer un fogón y, guitarra en mano, nos obligó a cantar. Poco a poco, nos tranquilizamos; pero nadie pudo volver a dormirse.

Al amanecer, regresamos a la ciudad.

• • •

Tuve una larga charla con mi abuela y con mis padres. Recibí una serie de retos por mi travesura. Hubo una nueva pelea familiar y, finalmente, todos terminaron compadeciéndome por la experiencia que había atravesado. ¡Hasta la pobre Herminia se sentía culpable! Entre papá y mamá, convencieron a la abuela para que se deshiciera de la reliquia.

Preparamos una gran fogata y quemamos la bolsa, hasta que no quedó un solo rastro de ella.

Mi abuela no se privó de hacer un comentario:

—Qué suerte para tu tío Pablo... Ya no está solo: ahora tenemos otro “tornillo flojo” en la familia.

Días después, me obsequió una bolsa de dormir. Era tan abrigada que hasta me dieron ganas de hacerme alpinista. Pero, eso sí, me conformo con escalar el Aconcagua. Al Himalaya no pienso ir, aunque a veces sueño... Sueño con un bosque de enebros cenicientos en la ladera de una montaña. Y un gigante oscuro que me busca entre las sombras.

LA AGENDA DE LOS MUERTOS



Libros prohibidos, una bibliotecaria distraída, un chico curioso que ama las historias de miedo... ¿Qué más se necesita para meterse en un lío? El protagonista de este cuento se deja tentar por lo prohibido y, sin sospecharlo, cruza una frontera que lo conduce a una experiencia espeluznante. ¡Ahora, lo único que le importa es enmendar su falta! ¿Qué piensan ustedes? ¿Logrará hacerlo a tiempo?

LA AGENDA DE LOS MUERTOS

Tengo diez años y me gusta mucho leer historias de misterio.

La bibliotecaria de la escuela, la señora Norma, me permite hurgar¹ con paciencia china en los anaqueles más remotos y polvorientos. Un día, mezclada entre libracos de alquimia² y ocultismo³, encontré una hermosa agenda de cuero.

—¡No la abras! —me alertó Norma—. Esa agenda encierra un profundo secreto y se conserva solo para especialistas. Está prohibida para los alumnos. Perteneció al difunto mago Medrún, que se dedicaba a la magia negra.

Sabiendo que Norma era inflexible con las reglas, simulé absoluta obediencia, esperé a que

¹ Revolver, escarbar.

² Antiguas teorías y prácticas relacionadas con la transformación de los materiales. Se la considera un antecedente de la química actual.

³ Prácticas y conocimientos relacionados con la brujería.

otros alumnos la distrajeran y guardé la agenda en mi carpeta. Estaba contra las reglas, claro, pero le daría un vistazo en casa, tranquilo, y al día siguiente la devolvería a su lugar.

Apenas escuché las palabras *secreto, prohibida y magia negra*, el diablo de la curiosidad se adueñó de mí. Y ya ven: cedí a la tentación.

• • •

Solo, en mi cuarto, abrí la agenda.

En la primera página leí, escrito en prolija letra manuscrita, con tinta negra:



Propiedad del mago Meduino

Y luego, nada más, salvo los nombres de tres mujeres y sus respectivos números telefónicos en la guía alfabética: Úrsula Iris, Adelaida Plem y Zuleica Zoca.

¿Qué piensan que hice?

Fui hasta el teléfono y marqué el número de Úrsula.

Una voz ronca me respondió:

— ¿Úrsula? No... Ella ha muerto. ¿Quién habla?

Conmovido por la respuesta, pedí disculpas de apuro y corté. ¡Buena metida de pata! Pero no iba a darme por vencido. Disqué el número de Adelaida y otra voz ronca, parecida a la anterior, me dijo:

— ¿Adelaida? No, joven; ella murió. ¿Cómo es que no lo sabe?

Ni siquiera me disculpé. Estaba verdaderamente intrigado, así que llamé a Zuleica:

— ¡Está muerta! — me gritó la misma voz ronca, y cortó.

“¡Lindo resultado!”, pensé. Decidí que no había más que hacer, me sentí un poco culpable



y atemorizado por mi travesura y enseguida me olvidé del asunto.

• • •

Esa noche, antes de cenar, sonó el teléfono.

— ¿Podés atender, Walter? — me pidió mamá desde la cocina.

— Hola, ¿quién habla? — pregunté.

La voz femenina, cavernosa, me susurró:

— Habla Úrsula, jovencito.

Ahugué un grito. Y colgué.

— ¿Quién era? — quiso saber mamá.

— Equivocado — dije, con un hilito de voz.

Nuevamente sonó el maldito aparato. Con manos temblorosas, atendí:

— Soy Adelaida. ¿Qué diablos querés de mí?

Esta vez sentí un escalofrío que me corrió desde la cintura hasta el cuello. Colgué y, al instante, el teléfono sonó nuevamente. ¿Qué podía hacer? Levanté el tubo, resignado.

— ¿Acaso esperás que te visite, tonto? — dijo la voz hostil de una anciana, sin identificarse.

— ¿Habla Zu... Zuleica... Zo... Zoca, ¿verdad?

— pregunté, tartamudeando.

— ¡Dejanos en paz o lo pagarás muy caro!
 Tomé la ficha del aparato y lo desenchufé.
 — ¿Quién era? — volvió a preguntar mamá.
 — Un despistado que se equivocó tres veces
 — le informé.

• • •

Ya en la cama, cuando yo empezaba a cerrar los ojos, una figura oscura, con dientes que brillaban y ojos llenos de furia me increpó⁴:

— ¿POR QUÉ LLAMÁS A LOS MUERTOS?

Al final, como un latigazo, me ordenó con su voz ronca (¡era la voz del mago Medrún!):

— Quiero que devuelvas mi agenda... ¡o serás parte de ella!

• • •

Al día siguiente, cansado y ojeroso, esperé el primer recreo y corrí hasta la biblioteca.

— ¿Todo bien? ¡Qué pálido estás! — me saludó Norma.

⁴ Me retó severamente.

Coloqué la agenda en su lugar, sin que la bibliotecaria me viera.

Eso sí, cuando por la tarde llegué a casa y sonó el teléfono, le dije a mamá, simulando una afonía:

—Mami, ¿podés atender vos? Si preguntan por mí, deciles que estoy *ronco* y pediles *disculpas*. ¡Muchas disculpas, por favor!

EL MUSEO DE TÍTERES

a Sarah Bianchi



Los títeres son muñecos de madera, de paño o de papel maché, que repentinamente se animan ante nuestros ojos, cuando las manos del titiritero les prestan vida. Aunque generalmente nos reímos cuando asistimos a una obra de títeres, estos seres también han inspirado muchas historias escalofriantes, tanto en la literatura como en el cine.

Y es que los títeres y las marionetas siempre parecen estar rodeados por una aureola mágica... ¿Qué harían ustedes si, de golpe, descubren que están solos, en un museo de títeres abandonado...? Si les da miedo imaginarlo, mejor no quieran saber lo que le sucedió al protagonista de este cuento.

EL MUSEO DE TÍTERES

Un amigo titiritero me contó que en el museo de títeres, cerrado al público por falta de presupuesto, con peligro de derrumbe y de olvido, vivía una anciana que cada tanto se hacía ver, pero que nadie en verdad conocía. Intrigado por lo que de antemano me parecía una buena historia para publicar en el diario donde trabajo, esa misma tarde me acerqué al caserón centenario¹, en el casco histórico² de la ciudad.

Luego de insistir con el timbre, la pesada puerta de roble se abrió y apareció la anciana señora, tímida, con el pelo blanco y una voz muy amable:

— Nadie nos visita últimamente — me confesó —. Gracias por venir.

¹ Que tiene aproximadamente cien años de antigüedad.

² Conjunto de cuadras donde se hallan los edificios más antiguos de la ciudad.

Me presenté, le dije que pretendía hacer una nota de color³ para el diario.

—Acaso la nota provoque la atención de las autoridades y pongan dinero para mantener el museo —la entusiasmé, tal vez inmodestamente.

La señora festejó mi comentario y me invitó a ascender por unas escaleras. Me sorprendió su agilidad para subir los escalones; yo mismo resoplé un par de veces, fatigado, antes de llegar a la sala donde reposaban los títeres.

La señora me ordenó, con dulzura:

—Espere aquí.

Y se alejó por una galería, hasta que la perdí de vista.

Aguardé unos minutos, extrañado por la ausencia de actividad y de ruidos. Saqué mi libreta de notas y, lapicera en mano, decidí recorrer el museo, para aprovechar el tiempo.

Mirando los títeres en sus armarios, algo ajados⁴, todavía con las ropas que lucieron en antiguas obras de teatro, me dije: “Ahora que estoy solo, aquí, rodeado de estas pobres marionetas,

³ Artículo periodístico que aborda un tema pintoresco.

⁴ Desgastados por el uso, deteriorados.



casi a oscuras, atendido por una vieja dama que de pronto desaparece, lo lógico es que me suceda un hecho extraordinario”.

Había leído muchas historias de fantasmas, de enigmas, de misterio, y me sentí en mi salsa en ese ambiente espectral. La sala era tan larga y tenía tantos recovecos, que recorrerla me llevaría el resto del día.

Pero ningún espíritu se asoció a mi paseo, no hubo manifestaciones sobrenaturales, ni ruidos de cadenas en la planta alta.

Salvo que en un rincón, sobre una base de mármol, descansaba la anciana señora que me había atendido. Sus ojos no pestañearon en ningún momento y, cuando la toqué con mis dedos temblorosos, comprobé que su cuerpo era de cartón.

Luego de contemplarla en un estado cercano a la parálisis, con la mente en blanco, comprendí que no había nadie allí. Mejor dicho: nadie vivo, excepto yo.

Descendí velozmente por la escalera, abrí la puerta y me escabullí⁵ hacia la vereda.

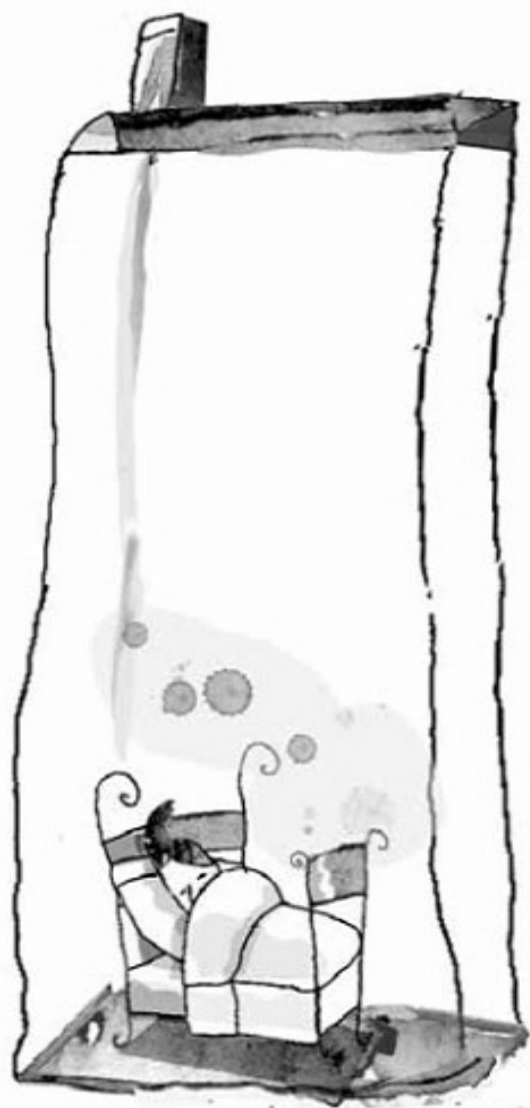
Me había quedado sin ninguna historia para los lectores del diario.

Porque ¿quién iba a creer que, en mi visita al museo de los títeres, yo había sido recibido por una gentil marioneta: una marioneta encantadora, a la que nadie manejaba?

⁵ Me escapé.

QUE NADIE ME DESPIERTE

a mamá Ethel



En algunas oportunidades, cuando nos despertamos de una pesadilla, nos parece que todo lo que sucedió mientras soñábamos fue real... demasiado real. Y durante todo el día seguimos acordándonos de las imágenes del sueño, como si nos hubiéramos quedado con una inquietud o una sospecha muy difíciles de explicar. Y en otras ocasiones, en medio de la vida cotidiana, pasa al revés: nos enfrentamos a situaciones tan sorprendentes, que tenemos que pellizcarnos para comprobar que no se trata de un sueño...

¿Alguna vez se les ocurrió preguntarse cuál es la diferencia entre el mundo que llamamos real y el país de los sueños? ¿Y si la vida fuera nada más que un sueño, como escribió un gran autor español¹, hace casi cuatrocientos años?

¹ *La vida es sueño* es una de las obras teatrales más famosas de Pedro Calderón de la Barca (1600-1681).

QUE NADIE ME DESPIERTE

Por la noche, en casa, mamá es la última en acostarse. Y yo, el anteúltimo.

Después que termina de ordenar la cocina, ella acostumbra leer un libro o se desafía con juegos de palabras cruzadas. Entonces yo saco mis rompecabezas y, juntos, compartimos el silencio mientras papá duerme. Al segundo o tercer bostezo, mamá me dice:

—Robertito, es tarde.

Es la señal: me lavo los dientes sin apuro, busco algún pretexto de conversación y estiro un rato más el asunto, hasta que mamá reitera:

—Roberto, ya sabés...

—Sí, mami, ya sé. Es tarde.

Le doy un beso y subo a mi cuarto.

Tal vez porque soy hijo único, odio ese silencio de apenas viento, de apenas un auto en la calle, tan distinto al compartido con mamá. El cri-cri de los grillos en el jardín me va poniendo cada

vez más melancólico², hasta que finalmente me duermo.

Una de esas noches, me desperté más temprano que de costumbre. Era tan temprano que afuera aún estaba oscuro; pero la luz de la luna se filtraba por el vidrio del ventanal y me permitía ver las cosas quietas: mis libros, mi pelota de fútbol, la computadora... Poco a poco, noté que no escuchaba los grillos, ni un pájaro, ni el lejano rugir de algún motor en la calle: nada de nada.

De un salto, abandoné la cama y caminé hasta la puerta; intenté agarrar el picaporte... Fue imposible. ¡Lo atravesé con mis dedos como si estuviera hecho de agua! Y todo era como el agua: pasé a través de la puerta limpiamente, nadando como un pez por el aire.

No pude menos que aullar de terror y correr hasta el cuarto de mis padres:

— ¡Papá! ¡Mamá!

Nada. Papá y mamá dormían como dos benditos. En el apuro, ni me di cuenta de que no había abierto la puerta del cuarto. ¡También la había atravesado!

²Triste.



Tardé en comprender que me había convertido en un fantasma, y que ahora el silencio era definitivo. Me acosté entre papá y mamá, sintiendo sus latidos y sus respiraciones. Fantasma y todo, era mejor estar junto a ellos. ¿Y cuando se despertaran...? ¡Dios mío! ¡Qué tristes se iban a poner!

Tendrían a su querido hijo perdido para siempre en medio de la noche.

Entonces, mojado de sudor, con lágrimas en los ojos, desperté de verdad, en mi propia cama, llorando a los gritos.

Entró mamá. Y detrás de mamá, papá.

—Una pesadilla, pobre hijito. Ya pasó.

—Soñé que era un fantasma, mamá. ¡Y que ustedes no podían verme ni oírme!

—Ya pasó, Robertito — me calmó papá.

No dormí por el resto de la noche.

Mientras escuchaba los grillos, la luz del día — nunca tan deseada — inundó el cuarto con su claridad.

Comprendí que la vida era hermosa. Lo sentí al bajar las escaleras y al oler las tostadas que preparaba mamá en la cocina.

Entonces, una idea inquietante se incrustó en mi cerebro y no la pude sacar de allí ni siquiera en los recreos, cuando jugaba con mis compañeros de grado.

Una y otra vez me repetía: “Si la vida es un sueño, solamente un sueño... Si mi familia, la escuela, mis amigos, si las navidades, los regalos, mi tortuga, si todo eso no es más que un sueño, un largo sueño, entonces... *¡que nadie me despierte!*”.

LA BRUJA QUE TODAVÍA NO COMIÓ



Todos decimos que las brujas no existen. Sin embargo, en lo profundo de nuestras mentes, las sentimos reales y poderosas: les tenemos miedo.

Enemigas de los chicos, capaces de volar, las brujas siempre están presentes en nuestra imaginación. Incluso, algunas noches, hay quienes creen ver, recortada contra la Luna llena, la figura sombría de una hechicera, que viaja montada en su escoba prodigiosa.

Sí, es verdad: las brujas no existen ni viven en este mundo... Pero eso no quiere decir que no puedan venir a visitarnos de vez en cuando.

LA BRUJA QUE TODAVÍA NO COMIÓ

Aquella mañana, los alumnos que caminaban, medio dormidos, hacia la escuela de la calle 13 sufrieron un involuntario escalofrío al ver sobre la vereda una escoba rota, que despedía una extraña pestilencia. Con el palo quebrado en dos, envuelta en la niebla, daba la impresión de ser una paloma muerta.

Los más memoriosos recordaron las leyendas que contaban sus abuelos. Ya en clase, no podían dejar de mirar por la ventana, como si algo acechara del otro lado del vidrio...

Hacía muchos años, una bandada de brujas había atacado la ciudad.

Habían salido de un agujero de la Tierra (según se supo después, del mismísimo interior de un volcán apagado, el Torombola). Las brujas habían regresado al inmundo agujero montadas en sus escobas voladoras, llevándose unos cuantos niños que nunca, pero nunca, volvieron

a verse... Esta, al menos, era la historia que los abuelos les contaban a sus nietos.

• • •

Un barrendero municipal decidió denunciar el hallazgo. La escoba fue recogida por los empleados del Servicio de Catástrofes y Emergencias, quienes la derivaron de inmediato a los expertos en Artes Ocultas, una pequeña oficina a cargo de dos funcionarios que, en general, estaban bastante aburridos.

Felices de tener algo que hacer, analizaron el artefacto, y a medida que avanzaban en el estudio, sus caras iban adquiriendo una expresión de ceñuda¹ gravedad.

— Esto huele mal — dijo el funcionario Uno.

— ¡Horrible! — agregó el funcionario Dos.

— Lo único que nos faltaba. ¡Hay que creer en cada cosa! — insistió el funcionario Uno, mientras tomaba una pajita con la pinza.

— Creer o reventar. ¡Qué tiempos nos tocan vivir! — sentenció el funcionario Dos, mientras

¹ Con la frente arrugada por la preocupación.

hurgaba entre las astillas del palo quebrado.

Consultaron documentos apolillados y revisaron amarillentos diarios de otras épocas, hasta que se rindieron ante la evidencia. Por la rareza del diseño, por la antigüedad de la madera, por las hebras de paja aromatizadas con azufre, dictaminaron que aquella era, nomás, escoba de bruja. Ambos funcionarios estuvieron de acuerdo en que su dueña debía de haberse enredado con los cables del alumbrado eléctrico, seguramente loca de gula ante la proximidad de tantos niños dormidos...

Porque las brujas del volcán apagado de Torombola necesitan comer un niño cada cien años. No parece mucha cosa, me dirás; pero... ¿y si te tocara a vos ser ese niño? Ahí la cuestión sería muy distinta, sin duda.

El problema es que, como sus apariciones son tan espaciadas, casi nadie cree ya en la existencia de las brujas. Por eso la gente se olvida de cumplir recomendaciones sencillas como cerrar bien las ventanas en las noches de luna llena y, sobre todo, ¡evitar que haya espejos en los cuartos!

Es sabido que las brujas entran y salen de los espejos que cuelgan en los cuartos de los ni-

ños... Mientras dormís, la bruja, que ve en la oscuridad, te observa desde el interior del espejo, aguarda el momento apropiado y te atrapa. Luego, cuando abris los ojos, descubrirás que estás en el interior del volcán Torombola. Y tus padres no sabrán de tu ausencia hasta la mañana siguiente, cuando vayan a despertarte y descubran que no estás en la cama...

• • •

La cuestión es que ahora había una bruja escondida en el pueblo. Una bruja sin escoba, que era buscada frenéticamente por las fuerzas del orden.

La encontró una patrulla policial, alertada por el ladrido de varios perros callejeros, en una alcantarilla del puente grande. Desesperada de hambre, la bruja chillaba y se retorció como una hiena enloquecida.

Debajo de la capa negra, tenía dos alas de mosca, débiles y atrofiadas². La cara estaba llena de hoyos, lunares y bolsas de arrugas.

A las pocas horas de encierro, mientras las

²Sin desarrollar.



autoridades debatían qué iban a hacer con ella, la bruja murió.

El intendente ordenó preservar el cuerpo para exhibirlo, más adelante, en el museo local, como prueba para las futuras generaciones: de ese modo, ya nadie dudaría de la existencia de las brujas. En el laboratorio donde iban a embalsamarla, dos empleados la colocaron sobre una mesa azulejada, junto a los restos de la escoba rota. Mientras preparaban los instrumentos y los materiales, las alarmas de sus relojes comenzaron a sonar: ¡eso significaba que había llegado la hora del almuerzo! Los dos embalsamadores dejaron todo como estaba y se fueron corriendo al comedor, según marca el reglamento.

Cuando regresaron, no encontraron ni a la bruja ni a la escoba. Las buscaron en los pasillos, en los tubos de ventilación y en la chimenea. Revolvieron y revisaron todo, palmo por palmo, y no encontraron nada... Hasta que a una empleada de limpieza se le ocurrió prestar atención al espejo que estaba colocado frente a la mesa donde había reposado el cuerpo inerte³ de la bruja. El frío cristal aún conservaba un rastro de niebla... ¡y despedía un olor espantoso!

La bruja no estaba muerta. Solamente había entrado en una especie de letargo⁴. Y había salido de él, en la hora del almuerzo. Sin que nadie la viera, se había zambullido de un salto a través del espejo, para caer a los abismos del volcán Torombola.

Eso sí: todavía no comió a nadie y ¡sigue con hambre!

³ Inmóvil, incapaz de reaccionar.

⁴ Sueño muy profundo.

EL PUENTE DE LA MUJER SIN CABEZA



Cuando escuchamos decir que los enamorados “pierden la cabeza”, o que una persona distraída “se olvida la cabeza” en cualquier lado, no nos asustamos. Estas frases pertenecen al lenguaje de todos los días y no tienen nada tétrico.

Pero en ciertos lugares corren rumores sobre decapitados que andan buscando su cabeza y causan el espanto de todos los que se cruzan en su camino. Cada pueblito, cada cementerio, o cada viejo castillo perdido en la campiña escocesa tiene su hombre o su mujer sin cabeza. ¿Qué buscan estos personajes en el mundo de los vivos? ¿Qué quieren de nosotros?

La aventura de Renato, que empezó como un simple juego, puede ayudarnos a encontrar una respuesta.

EL PUENTE DE LA MUJER SIN CABEZA

Casi rozando mi pueblo, un río perezoso lleva sus tranquilas corrientes hacia quién sabe dónde: me encanta mirar el agua, dulce, transparente, en su eterna marcha hacia el mar. Agua dulce que busca su destino salado; otra realidad, más honda, más oscura y más extraña.

Pero aquí, al borde de mi pueblo, es solo un riachuelo con fondo de barro, con camalotes y juncos, cruzado por un viejo puente de madera que utilizan los vecinos para pasar hacia los campos que se extienden del otro lado.

...

Mi nombre es Renato, tengo trece años y me gusta soñar. Soñar que el río me lleva a la deriva, por riberas lejanas; que pierdo mis raíces en el viaje, que navego como un pez, libre por el mundo.

Aunque... esto que digo fue así hasta ayer.

Hoy no. Ahora todo es distinto: miro el río y me parece una fuente de amenazas; veo las hojas de un árbol y sospecho que un misterioso soplo las agita; me da frío en la espalda y creo que alguien me observa entre los matorrales.

Culpa de Marcelo.

Y de la Mujer sin Cabeza... Hacía tiempo que estaba al tanto de su legendaria existencia; pero ayer, conversando con Marcelo, mi hermano mayor, decidí hacer una locura, una inocente locura. Ayer era viernes. Viernes trece. El día de la Mujer sin Cabeza.

—Ella aparece los viernes trece — me juraba Marcelo.

—No creo en esas pavadas — afirmaba yo.

—Entonces, andá al río al anochecer — me apuró.

—Te apuesto un chocolate de cien gramos a que voy — me animé.

—¡Hecho! — aceptó el muy malvado.

• • •

A la hora indicada, me fui a ganar mi chocolate, cantando una canción para darme fuerzas:

*Va el niño con presteza¹,
cuidando bien su cabeza.
La mujer lo espera en el puente
para llevarlo a la muerte.*

Los versos los había inventado yo mismo, en un arranque de humor negro.

Anocheía. Las nubes casi no sangraban ya. Todo era azul oscuro y estrellas. El puente estaba vacío. Sus antiguas maderas crujieron bajo mis pies. ¡Chocolate fácil!

Entonces sentí un frío glacial en mi nuca: espigas de frío. Me di vuelta.

Nadie.

Cuando volví a mirar al frente, vestida de blanco hasta el cuello y decapitada², caminaba hacia mí la Mujer sin Cabeza.

— ¡Dame tu cabeza! — escuché que decía.

Era un ruego, una voz que surgía de la nada misma. ¡No tenía boca!

— ¡Tu cabeza! — insistió —. ¡Solo tu cabeza, y no volveré a molestarte!

¹ Prontitud, diligencia.

² Que le han cortado la cabeza.

Volé del puente, con alas en los pies.

En mi loca carrera, alcancé a notar que las aguas se revolvían, agitadas por un viento que parecía surgir del fondo mismo del río. No pensé. Solo corrí sin parar hasta la seguridad de mi cuarto.

• • •

Marcelo me esperaba con una sonrisa. Pero la sonrisa no tardó en transformarse en un gesto de preocupación, no bien mi hermano advirtió que yo estaba descompuesto de miedo.

Cuando me serené un poco, le conté los detalles.

Él, muy fresco³, me dijo:

—De verdad, jamás creí en la Mujer sin Cabeza. Yo quería averiguar si eras tan valiente como para animarte a atravesar el puente, solo y de noche —entonces puso cara de sospecha y me preguntó—: ¿No me estarás haciendo una broma...?

No. No era una broma.

³ Sereno.



Ahora sé que una invisible presencia aguarda, agazapada⁴ en el puente, a que llegue el próximo viernes trece, esperando su oportunidad de robar una cabeza para irse de una vez por todas al infierno o al paraíso, y dejar a mi pueblo en paz.

Eso sí: del chocolate, a Marcelo no le dejé ni el papel.

⁴ Escondida, al acecho.

UNA SOMBRA COMO YO

a Valentina



Las vacaciones siempre son una buena oportunidad para entregarse a experiencias nuevas. En un lugar de veraneo, la vida está hecha de pequeños imprevistos y es más lindo probar el sabor de la aventura.

Con suerte, uno se hará de amigos y, quizás, en alguna tarde de lluvia, el grupo se sentirá preparado para investigar un misterioso lugar abandonado. Así comienza siempre el viejo juego del miedo. Así es como la puerta a lo invisible se vuelve visible.

Si quieren pruebas, esto es lo que le ocurrió a Valeria en las últimas vacaciones...

UNA SOMBRA COMO YO

Mi papá opinaba que solamente había dos cosas imposibles en la vida: la primera, ver un fantasma; y la segunda, que yo no me despertara en la cama. Pero las vacaciones en Santa Teresita, el verano pasado, sirvieron para demostrar que, a veces, lo imposible se hace posible... Porque yo vi un fantasma y, gracias a eso, comencé a dormir tapada hasta las orejas.

Habíamos alquilado un departamento a dos cuadras del mar, en la residencia *El Parque*, un edificio inmenso en forma de herradura, de dos plantas y con un altillo en la terraza. Rodeado por el edificio, hay un parque con pinos, hama-cas y plantas trepadoras. Y también una sala de juegos, donde me cansé de ganar al metegol y al ping-pong... aunque no me atreví a jugar al sa-po, porque Dolores sentenció:

— Ay, no, Valeria... ¡qué ridiculez! Ese es un juego de viejos.



En esas vacaciones, me hice amiga de Dolores, que tenía trece años —uno más que yo. Ella se convirtió en algo así como la capitana del grupo de las chicas. También me caía bien Natalia, aunque era terriblemente engreída¹ (Dolores le decía: “Nati, la presumida”). Engreída y todo, nos hicimos amigas... Al fin y al cabo, tampoco creo que yo sea perfecta.

Con los días, las tres nos volvimos inseparables. Cada tanto nos alejábamos del resto de las chicas para contarnos cuentos de terror en la casita de madera, al lado de los rosales.

¹ Creída, orgullosa.

Así me enteré de historias increíbles, como esta, que relató Dolores:

EL CASO DEL MONSTRUO CONGELADO

Hace mucho tiempo, unos alpinistas descubrieron un monstruo congelado cubierto por la nieve, aferrado a una vara de mimbre. Era todo rojo, con cola de león, barba de chivo y cuernos.

El jefe del grupo propuso llevarlo al museo de Ciencias Naturales más cercano y lo cargaron. Pasaron la noche en un refugio, al calor del fuego.

Al día siguiente, el monstruo congelado había desaparecido: solo encontraron un líquido rojizo, parecido al jugo de frutillas, alrededor de las llamas. Y la varita de mimbre. El primero que la tocó, se convirtió en otro monstruo congelado, igual al anterior.

Todos a su turno, por accidente o por descuido, tocaron la varita. Así, uno por uno, los alpinistas se convirtieron en monstruos, y ese mismo día se derritieron.

Este tipo de historias nos hacían cortas las largas tardes de lluvia, cuando no podíamos bajar a la playa.

En la residencia *El Parque* había un casero — un señor de bigote finito, muy delgado y simpático —, que parecía intrigado por nuestras conversaciones. Mientras todo el mundo dormía la siesta, el hombre aparecía, con su paso cansino², y nos saludaba amablemente. Se presentó como Julio Luna, el primer y único casero del lugar.

— Pueden llamarme don Luna, nomás.

Y después agregó:

— ¿Así que les gustan las historias de terror?

— ¡Siii! — respondimos las tres, a coro.

— Entonces, no estaría mal que visiten el altillo. Está abierto y pueden ir cuando quieran.

Dolores preguntó:

— ¿Y qué pasa con el altillo?

— Bueno, no pasa nada. Es solo que...

— ¿Que qué? — preguntamos, ansiosas.

— Que alguna gente, en ocasiones, se queja por los ruidos. En fin, dicen que han oído al fantasma de un cantor que vivió en la residencia hasta su muerte.

Don Luna se marchó sin darnos tiempo para hacer más averiguaciones.

² Lento y cansado.

...

Los días siguientes fueron soleados y calurosos. Todas nos dedicamos a ir a la playa con nuestras familias, hasta que un viento frío y unos oscuros nubarrones nos devolvieron a la casita, al lado de los rosales.

Decidimos aprovechar la ocasión para visitar el altillo, que resultó ser un simple cuartucho húmedo, con olor a naftalina. Allí vimos sillones en desuso, cajas llenas de trapos y revistas, adornos que ya nadie usaría jamás, y hasta muñecas con vestiditos sucios y rotos.

Al prender la luz, algo se movió en alguna parte.

Enseguida oí un susurro.

— ¿Escucharon? — dije, preparada para escapar.

Sí, todas estábamos escuchando al “fantasma cantor”.

*Mi corazón es un barco
sin timón, sin timón...*

Entonces, dentro de un antiguo armario al que le faltaba una puerta, vimos la inconfundible figura de don Luna.

— ¡Linda broma! — lo reprendió Nati.

Pero don Luna no se dio por enterado. Siguió con su *show*, cantando mientras agitaba los brazos:

*Me gusta tomar el té
con limón, con limón.
Con azúcar o con miel:
un terrón, un terrón...*

Después vino lo asombroso, lo verdaderamente asombroso.

Don Luna perdió toda su simpatía y, con una voz que parecía venir de más allá, o del *más allá* mismo, cantó:

*Si toco a quien me nombra,
qué ocasión, qué ocasión,
la convierto en una sombra
como yo, como yo.*

Salió del armario y extendió sus brazos hacia nosotras y..., ¡ay, qué manera de correr! Se armó



un escándalo impresionante, que habrá alterado la siesta de más de uno, mientras la risa de don Luna se apagaba lentamente detrás de nosotras.

Mamá y papá se preocuparon mucho al escuchar mi versión de los hechos. No tardaron más de cinco minutos en hablar con el dueño de la residencia.

— ¿A usted le parece bien hacer este tipo de bromas? — decía papá — . ¡Un casero que se dedica a asustar a tres nenas, en vez de cumplir con sus funciones...!

El dueño se defendió:

— Pero, señor... si yo no tengo casero.

— Ah, ¿sí? — volvió a la carga papá — .Y ese tal don Luna ¿quién es, eh?

— ¿Me lo dice en serio, hombre? — preguntó el dueño, con una tremenda cara de asombro.

— ¡Claro que sí, señor! — bramó papá.

El dueño se aclaró la voz y contestó, con tono firme:

— Pues le informo, señor, que mi primer y único casero, el alegre, el cantor, el buen don Julio Luna, ha muerto hace ya muchos años. Por eso pienso, en todo caso, que la broma me la está haciendo usted a mí.

ACTIVIDADES

Para comprender la lectura

Estas actividades los ayudarán a seguir reflexionando sobre los cuentos que leyeron.

LA MECEDORA DEL FANTASMA

ORDENEN. Numeren las acciones según el orden que tienen en la historia. Falta una acción muy importante: descubran cuál es, e insértenla en la secuencia.

- El papá de Julio limpia la mecedora.
- El fantasma amenaza a Julio.
- Por la noche, los crujidos del mimbre despiertan a Julio.
- El papá de Julio encuentra una mecedora en la calle.
- Julio se levanta y va a la sala.
- El fantasma se retira y se lleva la mecedora.
- El papá de Julio obedece al fantasma y abre la puerta.
- Julio ayuda a su padre a llevar la mecedora a la casa.

LA TUMBA DEL MONSTRUO

COMENTEN. Conversen con sus compañeros y decidan: ¿les parece que lo que le ocurrió a Adolfo fue un sueño o algo que sucedió realmente? ¿Por qué?

LA AGENDA DE LOS MUERTOS

DISCUTAN. Al final del cuento, el protagonista pide disculpas. Según ustedes, ¿cuál es el motivo de su arrepentimiento?

EL MUSEO DE TÍTERES

EXPLIQUEN. Conversen con sus compañeros: ¿por qué el narrador dice, al final del cuento: “Me había quedado sin ninguna historia para los lectores del diario”? ¿Con qué intención había ido al museo de títeres? ¿Pudo realizar lo que se proponía?

QUE NADIE ME DESPIERTE

RESPONDAN. Contesten a las siguientes preguntas:

- Roberto cree que se convirtió en un fantasma. ¿Qué hechos lo llevan a pensar esto?
- ¿Se convirtió realmente en un fantasma? ¿Por qué?
- ¿Cómo explicarían el título de este cuento?

LA BRUJA QUE TODAVÍA NO COMIÓ

COMENTEN. Señalen en el cuento las partes donde se transmite lo que dicen los abuelos del pueblo acerca de las brujas. Conversen con sus compañeros: ¿a ustedes les parece que el relato confirma las creencias de los abuelos? ¿Por qué?

EL PUENTE DE LA MUJER SIN CABEZA

COMPLETEN. Este es un resumen de la historia que relata el cuento. Completen las oraciones con las palabras que faltan.

Un trece, Renato hace una apuesta con, su hermano mayor. Renato asegura que se animará a ir al al anochecer. Su hermano afirma que no se atreverá, y le apuesta un

Al anochecer, va hasta el puente. Allí se encuentra con la, y ella le pide la al chico. Renato vuelve corriendo a su casa y le cuenta la historia a, que al principio cree que se trata de una broma. Renato gana el, pero queda aterrorizado.

UNA SOMBRA COMO YO

EXPLIQUEN. ¿Por qué se enoja el dueño de la residencia El Parque, al final del cuento? ¿A ustedes les parece que Valeria y sus amigas vieron un fantasma? ¿Por qué?

Para escribir

Estas son algunas propuestas para escribir a partir de los cuentos que leyeron.

LA MECEDORA DEL FANTASMA

DISE – EN UNA HISTORIETA. En pequeños grupos, planifiquen cómo relatarían este cuento en forma de historieta. Para eso, repasen cuáles son los elementos propios de este tipo de formato. Luego, realicen la historieta.

LA TUMBA DEL MONSTRUO

ESCRIBAN UN ARTÍCULO DE ENCICLOPEDIA. En diversas fuentes (revistas, enciclopedias, Internet) rastreen información acerca del Himalaya: ¿qué es? ¿dónde está ubicado? ¿cómo son el paisaje y el clima? Con la información reunida, escriban un artículo enciclopédico (de no más de una carilla de extensión) sobre el tema HIMALAYA.

LA AGENDA DE LOS MUERTOS

ESCRIBAN UNA CARTA. Harto de que Walter no conteste a sus llamadas telefónicas, el mago Medrún decide enviarle una carta. ¿Qué le dice? ¿Y qué le responde Walter? Redacten las dos cartas que imaginaron.

EL MUSEO DE TÍTERES

ESCRIBAN UNA NOTA PERIODÍSTICA. El protagonista del cuento es un periodista que visita el museo de títeres para escribir una “nota de color”, es decir, una crónica simpática acerca de un personaje o un hecho de la vida de todos los días. Elijan una persona del barrio (por ejemplo: el canillita o la dueña del quiosco), háganle una entrevista y, a partir de ella, escriban una nota de color.

QUE NADIE ME DESPIERTE

REALICEN UN RESUMEN. Consigan un libro de historia de la literatura española y busquen el argumento de *La vida es sueño*, de Pedro Calderón de la Barca (también pueden encontrar la narración en *Vengadores y fugitivos*, de Mariano Dorr, Estrada, colección Azulejos Niños, 2005). Lean la historia y escriban un resumen. Luego, conversen con sus compañeros: ¿qué relación encuentran entre el argumento de *La vida es sueño* y el de este cuento?

LA BRUJA QUE TODAVÍA NO COMIÓ

REDACTEN UN INFORME. Luego de los sucesos que narra el cuento, los expertos en Artes Ocultas del Servicio de Catástrofes decidieron escribir un informe para notificar al intendente de todo lo ocurrido. ¿Qué datos habrán anotado? ¿Cómo habrán ordenado los hechos? ¿De qué manera los habrán interpretado? Escriban el informe que imaginaron.

EL PUENTE DE LA MUJER SIN CABEZA

INVENTEN LA LETRA DE UNA CANCIÓN. Copien la estrofa de la canción que inventa Renato y desarrollen la canción agregando otras estrofas. Presten atención a las rimas entre las palabras finales de cada verso; si necesitan una ayuda, pueden empezar probando con estas: puente, mujer, enfrente, correr .

UNA SOMBRA COMO YO

ESCRIBAN RELATOS DE MIEDO. Las tardes de lluvia, Valeria y sus amigas se reúnen para contarse historias de miedo. En el cuento se transcribe una de ellas: ¿cuál es? Escriban ustedes sus propios relatos de miedo y luego léanselos a los compañeros del curso.

Para integrar

CUIDADO DEL MEDIO AMBIENTE

COMENTEN. Lean la siguiente información y realicen las consignas.

¡TODOS PODEMOS COLABORAR!

La acumulación de basura puede provocar serios desequilibrios en los ambientes. Existen algunas acciones que podemos realizar para ayudar a cuidar el lugar donde vivimos.

Una de ellas es disminuir la cantidad de desperdicios. Por ejemplo, evitar los envoltorios innecesarios (bolsas y papeles) cuando hacemos una compra.

También es recomendable reutilizar ciertos elementos de desecho. Por ejemplo, muebles, ropa o vajilla en desuso pueden ser útiles para otras personas.

En algunos lugares, además, existen programas para reciclar los residuos. Para llevarlos adelante, es necesario que las personas clasifiquen los distintos desechos y los dispongan por separado: por un lado, el vidrio; por otro, el papel y el cartón; por otro, las latas de aluminio, etcétera.



- Investiguen: ¿qué problemas ambientales puede ocasionar la acumulación de basura?
- Busquen noticias periodísticas que informen acerca de algunos de esos problemas.
- ¿Cuáles son las tres acciones que se pueden llevar a cabo para disminuir la acumulación de basura? ¿Cuál de ellas practica el papá de Julio, en "La mecedora del fantasma"?
- Averigüen si en el lugar donde ustedes viven existe algún programa para reciclar los residuos.
- Anoten distintas propuestas para reutilizar algunos materiales de desecho.

REDACTEN UN INFORME. Tomando como punto de partida el siguiente artículo, amplíen la información y realicen un informe acerca del Yeti.

El Yeti: leyendas y huellas en el Himalaya

Desde los tiempos de Marco Polo, las elevadas montañas de Asia han sido una fuente de fascinación para los extranjeros. Entre los muchos secretos que encierra la región, el Yeti continúa siendo un misterio sin resolver.

La criatura conocida como el Yeti forma parte de los relatos que circulan en la zona del Himalaya, la cadena montañosa más elevada del mundo. Muchos han tratado de encontrar pruebas de su existencia. Sin embargo, aparte de algunas enigmáticas huellas en la nieve, los científicos no han logrado obtener ninguna evidencia acerca de este legendario ser.

La principal fuente de información acerca del "Hombre de las Nieves" la constituyen los nativos de la zona. La mayor parte de las veces, los testigos se limitan a informar sobre una silueta nocturna, cuya aparición viene precedida por un agudo silbido. Sin embargo, el talento que parece tener el Yeti para esfumarse de improviso despierta la desconfianza de la comunidad científica acerca de su existencia.

El alpinista italiano Reinhold Messner, conocido por haber sido el primer hombre que escaló todos los picos de más de ocho mil metros, comenzó a interesarse en el tema del Yeti a raíz de

un avistamiento que tuvo lugar en 1986. Según sus conclusiones, el supuesto "Hombre de las Nieves" no es más que una enorme y extrañísima variedad del oso pardo, al que se conoce con el nombre de chemo. Este animal lleva las crías sobre la espalda y —lo más sorprendente de todo— es capaz de "silbar" y de desplazarse en dos patas con total naturalidad: "como si fuera una cruz entre el hombre y el oso", según los nativos.

Sin embargo, todavía quedan piezas que no encajan en el rompecabezas. En 1951, un alpinista cingalés, Eric Shipton, fotografió una huella en la región oriental del Nepal, entre los cinco mil y los seis mil metros de altura. Esta huella no se parece a la pisada de un oso. De hecho, se parece a la que dejaría un pie humano, aunque su tamaño es mucho más grande.

Lo cierto es que, a pesar de los adelantos de la ciencia actual, el misterio del Yeti aún no ha sido resuelto.

Fuente: <http://www.criptozoologia.org/yeti.htm>



Títulos de la colección

1. IRIS RIVERA. *Frankenstein*. Una versión para chicos de la novela de Mary Shelley
2. VARIOS AUTORES. *Cuentos de fútbol*. Para chicas y chicos
3. VARIOS AUTORES. *Cuentos de miedo*. Para asustarse de veras
4. NICOLÁS SCHUFF. *Historias de la Guerra de Troya*. Para vivir una y mil aventuras
5. VARIOS AUTORES. *Cuentos de aventura*. Para vivir una y mil historias
6. VARIOS AUTORES. *Poemas de todas partes*. Los chicos leen poesía
7. NICOLÁS SCHUFF. *Aventureros y enamorados*. Historias de siempre para chicos de hoy
8. LAURA NO. *El nombre secreto*. La aventura escrita en las runas
9. NICOLÁS SCHUFF. *Monstruos argentinos*. Una colección de espantos
10. NICOLÁS SCHUFF. *Historias de la Biblia*. Contadas para los chicos
11. IRIS RIVERA. *Cuentos populares*. De aquí y de allá
12. PATRICIA SUÁREZ. *Esta boca es mía*. Y otras obras de teatro para chicos
13. JUAN JOSÉ BURZI. *Miedo a la oscuridad*. Y otros cuentos espeluznantes
14. FERNANDO SORRENTINO. *El regreso*. Y otros cuentos inquietantes
15. CLAUDIO WEISSFELD. *Historias de pícaros*. De todos los tiempos
16. NICOLÁS SCHUFF. *Leyendas urbanas*. Historias que parecen increíbles
17. PABLO GIANERA. *Historias del rey Arturo*. Y de sus nobles caballeros
18. IGNACIO MILLER. *Los viajes de Marco Polo*. Y sus fantásticas aventuras
19. ARIEL BUFANO. *La Bella y la Bestia*. Con la versión de la leyenda escrita por
Jeanne-Marie Leprince de Beaumont
20. IRIS RIVERA. *Mitos y leyendas de la Argentina*. Historias que cuenta nuestro pueblo

21. ESTEBAN VALENTINO. *Sexto sentido*. Y otros cuentos
22. MARIANO DORR. *Vengadores y fugitivos*. Historias inolvidables de todos los tiempos
23. NICOLÁS SCHUFF. *Las aventuras de Tom Sawyer*. Una versión para chicos de la novela de Mark Twain
24. EVELYN GALIAZO. *El libro de la selva*. Una versión para chicos del relato de Rudyard Kipling
25. CLAUDIO WEISSFELD. *Las aventuras de Robin Hood*. Una versión para chicos de la leyenda medieval
26. IGNACIO MILLER. *Moby Dick*. Una versión para chicos de la novela de Herman Melville
27. JOSÉ FRAGUAS. *Las aventuras de Robinson Crusoe*. Una versión para chicos de la novela de Daniel Defoe
28. JULIÁN MARTÍNEZ VÁZQUEZ. *Los doce trabajos de Hércules*. Una versión para chicos del mito clásico
29. LAURA NO. *Ludópolis, la ciudad de los juguetes*. Una aventura en el futuro
30. ADELA BASCH. *Las increíbles aventuras de Don Quijote y Sancho Panza*. Contadas para los chicos
31. FLORENCIA ABBATE. *Las siete maravillas del mundo*
32. FRANCO VACCARINI. *La mecedora del fantasma*. Y otros misterios si resolver



Consultá el catálogo completo de la colección Azulejos en www.estrada.com.ar



Los cuentos de este libro hablan sobre misterios no resueltos: brujas, monstruos, fantasmas, muñecos que actúan como personas...

Son relatos de miedo y, por eso, nos dejan siempre con una inquietud y una sospecha.

Pero también son historias que nos divierten, porque nos permiten imaginar que nosotros también seremos capaces de enfrentar algún misterio inexplicable, si algún día se presenta la ocasión.

